

vas y vistosas casas, y cuyo número de habitantes casi se dobla cada año. Esta trasformacion la debe al descubrimiento de sus famosas aguas minerales, que con el nombre de *agua de Spa* se transportan y difunden por toda Europa, y aun por todo el mundo. Son siete los manantiales, pero el mas notable y el mas célebre es el que teníamos frente del hotel, y sobre el cual se ha erigido un bello monumento de piedra « Á LA MEMORIA DE PEDRO EL GRANDE, » fundado por el mismo Czar de Rusia en celebridad de haber restablecido su salud con el uso de las *aguas de Spa*, de las cuales dicen que se bebía el Sr. Autócrata 21 vasos de á tres onzas cada mañana.

La fama de estas aguas, junto con el aliciente del juegucillo de azar (que no es permitido en pueblo alguno de la Bélgica mas que en *Spa*) atraen á esta villa tal afluencia de extranjeros en la estacion del verano, que no bastan sus muchos y magníficos hoteles, no basta convertir en hoteles todas las casas del pueblo para albergarlos. Nosotros tuvimos el gusto de encontrar allí á la Infanta Isabel, hija de nuestro infante D. Francisco, con su esposo el coronelito ruso, que supongo habria ido á tomar las aguas minerales, y no atraído como otros (que él no es hombre de esas costumbres) por los juegos de azar.

Se da á las *aguas de Spa* una virtud prodigiosa para la curacion de multitud de enfermedades y principalmente para los dolores cardíacos ó males de estómago, para las afecciones verminosas, para las nefritis y flegmasías crónicas, para las hidropesías, para las leucorreas, para la hipocondría y para la esterilidad. En estas materias me felicito de no poder dar un voto de experiencia. Á Tirabeque le dije que si padecía alguna afeccion morbosa, tenia la ocasion mas oportuna para combatirla con aquellas aguas : á lo cual me respondió : — Señor, la única enfermedad que yo padezco tengo para mí que estas aguas no me la pueden curar, porque es un hambre horrorosa que no se cura sino en el comedor del hotel; con que soy de opinion que nos vayamos acercando hácia allá si á Vd. le parece.

Pero no se lo consentí sin que probase conmigo las aguas, siquiera por poder testificar de su sabor. Ellas son limpias y cristalinas, pero el sabor es picante, ácido y ferruginoso. Tienen otra propiedad, y es que si se tomasen por primera vez cuatro ó cinco vasos, embriagarían como el vino, y por lo tanto se necesita beberlas gradualmente y con discrecion.

Otra de las curiosidades de *Spa* son los lindísimos y delicados

artefactos y juguetes hechos de madera teñida ó barnizada con aquellas aguas, de cuyos artefactos y juguetes se hace tambien un gran comercio, y no hay tienda de lujo en Paris y casi en ninguna poblacion grande donde no se vean mil preciosos objetos de *madera de Spa*. Nosotros tomámos varias cajitas, papeleras, cuchillitos de cortar papel, libritos de memoria, y otras frioleras, de las cuales conservámos algunas, que están tambien á la disposicion de Vds.

#### La gruta de Remouchamps.

He aquí una de las excursiones mas curiosas que hicimos en todo el viaje. Yo habia leído y oído hablar mucho en el país de la famosa *Gruta de Remouchamps*, y desde luego hice propósito de no volverme sin verla.

Está á 3 leguas S. O. de *Spa*, en un sitio agreste y salvaje, en el fondo de un barranco bañado por las plateadas aguas del *Ambleve*. El camino es áspero y escabroso, alternado entre rocas, bosques, landas, espesos matorrales, profundas gargantas, prados y tierras de labor. Apénas hay senda alguna trillada, y es imposible acertar con el camino sin ir acompañado de un guia muy práctico del país y sobre caballos muy prácticos tambien.

Todo lo hay siempre en *Spa* á disposicion del viajero. Á la menor insinuacion nuestra ya tuvimos á la puerta del hotel al mozo *Gregoire* con tres famosos rocinantes, que ellos llaman *bridets*, esperando nuestras órdenes. Montámos pues cada uno en nuestra alimaña, y heles van Fr. Gerundio y su lego, junto con el hermano *Gregoire*, por aquellas breñas arriba, saltando arroyos, brincando setos, salvando pantanos, subiendo linderos, bajando colinas y costeano derrumbaderos, trotando unas veces, galopando otras, magullándose siempre, y hechos tres facciosos de montañas (salva sea la comparacion), siendo el resultado que á los siete cuartos de hora ya estábamos en la aldea de *Remouchamps*, viendo á aquellos sencillos aldeanos bailar rigodon al son de un violin, cosa que nos sorprendió en tan rústicos y retirados lugares.

No bien nos habíamos apeado en el hotel *des Etrangers* (1) tenido por la viuda *Charpentier*, cuando acudieron á encargarse y cuidar de nuestros jacos tres robustas muchachas,

« Princesas curaban de él,  
doncellas de su rocino; »

(1) Allí no hay aldea despreciable sin su hotel correspondiente.

y nosotros pasámos á descansar un momento á la sala del parador.

Séame permitido ántes de entrar en la gruta echar una ojeada por el romántico paisaje que se presenta á mi vista. Yo me hallo bajo unas enormes rocas escarpadas; á mis piés se precipitan las diáfanas y limpiísimas aguas del Ambleve, murmurando suavemente y como acompañando los sonos del instrumento que marca los compases á los alegres aldeanos que bailan á mi izquierda. Enfrente y al otro lado del rio tengo una elevadísimá montaña vestida de un frondosísimo follaje, en cuyo declive se ve el severo é imponente castillo feudal de *Montjardin*, que parece colgado de la inmensa roca que defiende su espalda. Yo me hubiera llevado horas enteras contemplando este cuadro sublime de la naturaleza, pero era preciso ya prepararse para entrar en la gruta.

El guardian de la cueva nos esperaba ya con la vestimenta que se acomodan los visitantes para no ensuciarse sus vestidos. Consistía esta en un pantalon blanco de lienzo burdo, y una blusa de lo mismo ceñida á la cintura, con su correspondiente capucha que nos calámos hasta las cejas. Pusieronnos á cada uno en la mano una candela de sebo encendida, y el conductor y otros cuatro ó cinco muchachos que le acompañan siempre por placer, llevaban también cada uno su bujía ardiendo. Tirabeque y yo nos mirábamos uno á otro asombrados de ver cuán raras y cuán extravagantes caricaturas presentábamos, y en el semblante de aquel se traslucía ya la pavora que empezaba á acometerle. Llegó la procesion á la entrada de la gruta, la cual está cerrada con una verja de hierro. Abrióse esta, y entrámos en una sala abovedada de 30 á 40 piés de largo, y alta de 20 á 25.

— Aquí, nos dijo el guía, se han hecho excavaciones, y se han encontrado osamentas de leones, de hienas, de elefantes y de osos que se hallan depositados en el gabinete de historia natural de Lieja. — ¿Qué es lo que Vd. dice? exclamó súbitamente mi lego. Señor, entre Vd. si se encuentra con valor para ello, que yo confieso humildemente que no sirvo para andar por estos sitios. — Ánimo, Pelegrin, y no tengas cuidado, que miéntras los huesos de semejantes alimañas anden por los gabinetes de historia natural, poco miedo hay que tenerlas. — Desengáñese Vd., señor, que donde se encontraron los huesos de aquellas, fácilmente habrá otras vivas. — Vamos, vamos, sigue y no seas pusilánime.

— Ved aquí, señores (continuó el guía) el *Can Cervero* que está de centinela de este lugar infernal: él guarda ese puente de ma-

dera que sirve de paso á ese primer rio que atraviesa la gruta. Tirabeque dió un salto involuntario hácia atrás, dejando caer la candela. — Tonto, le dije, ¿no ves que el llamado *Can Cervero* es una piedra, ó sea una estalagmita formada por los jugos y las aguas petrificadas, que por semejar tres cabezas de perro le habrán dado el nombre de aquel trífauce animal? Con esto se iba ya tranquilizando, y volvió á coger su vela. Mas no bien la había encendido cuando se oyó un ruido horroroso en las silenciosas aguas de aquel rio, que reproduciéndose y aumentándose en las bóvedas, me impuso á mí también. Era un diablo de un muchacho, que habiéndose adelantado y subido á uno de los peñascos de la gruta, había arrojado al rio una piedra, que fué la que produjo aquel ruido espantoso.

Pasámos el puente, y sobre la izquierda distinguimos un precipicio, cuya profundidad nos dijo el conductor que no había podido sondearse todavía. De allí pasámos á la *sala de las ruinas*, la mas vasta de todas. Ella está formada de inmensas rocas superpuestas que hacen una bóveda atrevida é imponente: una sola de ellas tiene 350 piés de largo. He aquí la inscripcion que la describía:

Ces rocs amoncelés, par leur chute fendus,  
L'un sur l'autre au hasard sont restés suspendus,  
Les ans ont cimenté leur bizarre structure  
Et recouvert leurs flancs d'une humide parure.

Á la verdad, cierto pavoreillo decente se dejaba sentir, por mas que se tratara de disimularlo, al verse bajo aquella bóveda húmeda y sombría, donde no ha penetrado jamás la luz, bajo aquellas inmensas masas que parece estar amenazando á todos momentos aplastar al temerario que se atreve á llevar su curiosidad á aquella mansion de tinieblas. Pero vamos mas adelante.

El camino verdaderamente no es muy llano. Á veces hay que subir á gatas, á veces se baja por unos escalones de piedra, no muy iguales, y sí muy resbaladizos y pendientes, teniendo que apoyarse en una barandilla de palo que defiende de caer en un precipicio, á veces se trepa por una escalera de mano, y á veces también se sufre un coscorron que indica demasiado que no es manteca de Flándes con lo que ha tropezado la cabeza.

Á veces se asciende á la cúspide de una roca y á veces se descende á un abismo; tan pronto hay que girar á la derecha como á la izquierda; tan pronto iba cada uno solo y libre, como teníamos que asirnos de las manos y encadenarnos todos para no caer-

nos, destilando de continuo sobre nosotros frias y heladas gotas, algunas de las cuales caian sobre las bujías y nos las apagaban.

Así fuimos penetrando sucesivamente en la estancia de la *Petite famille*, donde las sustancias petrificadas formaban un grupo de figuras humanas de varios tamaños, llamadas por eso la *pequeña familia*. Encontrámos en seguida el *Petit autel*, el altarcito, porque en efecto, la naturaleza habia hecho allí un altar que parecia estar preparado para la celebracion de los santos misterios. — Señor, me decia Tirabeque ya mas animado, aquí podia Vd. decir misa por gusto. — No habria inconveniente, Pelegrin, le dije, si no fuera que hoy he almorzado ya. — Pues es que en tal caso podia Vd. buscar un acólito que le ayudara, que yo al *Introibo* no podria contestar sino con un *Salibo*.

En seguida se nos presentó el *Sauce lloron*, ó sea una figura de este árbol formada de estalactitas. Luego el *Elefante*, con sus armas de marfil y su arrugada trompa. Despues el *Sombrero de Napoleon*, la *Santa Virgen*, y la *Dama blanca*. Esta última parecia una verdadera estatua de alabastro ejecutada por la mano de un escultor, y el escultor habia sido la naturaleza. «Aquí tenéis, señores, nos dijo el conductor, *les Rideaux de lit*, el pabellon de la cama.» Efectivamente se veia una colgadura completa sobre una especie de lecho con sus almohadas de terciopelo blanco. El conductor ponía la candela detras de las cortinas, y se trasparentaba la luz como si fuese una tela de percal, distinguiéndose los pliegues y los festones. ¡Admirables juegos de la naturaleza!

En algunos sitios las gotas de agua que se corren por lo largo de una superficie plana é inclinada, se cruzan, se entremezclan, y tejen como una magnífica estera de juncos. En otros, como si las corrientes hubieran sido sorprendidas por el hielo, se han quedado formando blancas cascadas: y en el salon llamado de *los Vellones* se ven un rimero de vellones de lana que parece haberse acabado de trasquilar, y en que hasta los filamentos están imitados, y mucho mas el manchado color de la lana en jugo.

Mas para donde es necesario reservar toda la admiracion es para la *Sala de las Hadas*. Allí es donde la naturaleza parece que ha querido reasumir todas las maravillas. Personajes, séres fantásticos, manojos de flores, flecos de nieve, estalactitas brillantes de mil formas caprichosas, tienen el ánimo sorprendido y como enajenado. Esta sala está mejor conservada que las otras, porque no todos tienen valor para penetrar hasta allí. Á todo esto los muchachos que siempre iban delante, se divertían en dar desde

el extremo de la caverna aullidos espantosos, que llegando á nosotros desfigurados por los tortuosos huecos de aquellas tenebrosas galerías, remedaban los quejidos lúgubres de otras tantas ánimas en pena. — Señor, vámonos cuanto ántes, porque esta cueva juraría que ha de tener su remate en el infierno. — ¿Falta mucho todavía? le pregunté al conductor. — Aun falta un trecho. — Anímate, Pelegrin, y dá una prueba de que tienes mas valor que Sancho en la cueva de Montesinos. — Señor, no tentemos á Dios, que nos ha dicho que sus secretos son impenetrables: y apártese Vd., mi amo, que parece que se mueve esa piedra, y va á caer sobre nosotros y á hacernos tortillas. — ¿Qué ha de caer, hombre? Eso es miedo. Vamos adelante. Y le tomé de un brazo, y proseguimos.

Por donde quiera que íbamos, colgaban sobre nosotros preciosas estalactitas. Hay un edicto á la puerta de la gruta en que se prohíbe severamente cogerlas ni extraer otra cosa alguna de la cueva. Pero los muchachos, que en Bélgica como en España no son los mas escrupulosos observadores de las leyes, las quebrantaban á la tentacion de algunos *sous* sin remordimiento de conciencia, y nos facultaron para coger todas las que quisiéramos. El cuerpo del delito tengo el gusto de conservarle en una cajita.

Presentósenos en seguida la figura de un *gato*, tan imitado al natural, que no parecia sino que estaba vivo. Despues dos *columnitas* que á distancia como de dos piés una de otra han formado las gotas destiladas, pero tan iguales y tan perfectas que parecen ejecutadas y puestas cuidadosamente por la mano de un artifice para sostener aquellas rústicas y pesadas bóvedas, dejando el paso necesario al curioso transeunte. El término de la gruta es un inmenso depósito de aguas que no ha sido posible sondear. Nosotros arrojámos á él gruesas masas de piedra, que al caer en las aguas misteriosas retumbaban con un ruido horrible. — ¡Bendito y alabado sea el divino Señor! exclamó Tirabeque dando un profundo suspiro de desahogo, al anunciarle los muchachos que ya no habia mas que andar.

Emprendimos la salida marchando con no menor trabajo que á la entrada. Yo sin embargo fuí contando los pasos que tenia en su longitud, y saqué 1250 de los que allí se pueden dar. El guia nos enseñó una cosa de que no nos quiso hablar á la entrada, que es un precipicio por donde se baja á otra gruta que debajo de esta se ha descubierto, y á la cual se descende atado á una cuerda por

en medio de un abismo espantoso. Esta es muy pocas veces accesible á causa de las aguas que lasuelen inundar.

Yo que no he estado en Beocia, ni en Idumea, ni en Escocia, ni en la Tebaida, ni en la Palestina, y de consiguiente ni he visto el antro de Trofonio, ni la gruta de Odollams, ni la cueva de Calipso, ni la caverna de Fingal, ni la espelunca de San Jerónimo, tuve un verdadero placer en visitar la cueva de *Remouchamps*, y es una de las curiosidades de que me ha quedado mas memoria. Dos horas largas nos llevamos dentro.

Tambien debe haberle quedado memoria de mi visita al guardian, si no fueron fingidas las exageradas demostraciones de agradecimiento y de nunca olvidarme que me hizo al ponerle en la mano 5 francos, amen de otros tantos á los chicos de las candelas. El guardian vive de eso, y tiene arrendada la gruta al comun ó ayuntamiento del canton en 600 francos anuales.

Nos despojamos de nuestra *toilette*, con la que si entramos hechos dos diablos, salimos hechos dos demonios: nos lavamos en siete aguas, tomamos un refrigerio, montamos en nuestros *bridets*, llagamos á SPA magullados y ateridos de frio; y satisfechos al hermano *Gregoire* 5 francos por su persona y otros cinco por cada uno de los jacos (y entre cinco y cinco nos salió la fiesta de la gruta por 40 francos belgas y 8 duros españoles), nos calentamos á la hermosa chimenea del gran salon de comer, y despues de un rato de tertulia con la graciosa patrona, nos fuimos á acostar, procurando acordarnos mas del *Can Cervero* de la cueva que de las gracias y amabilidad de la *maitresse*, porque nos traia cuenta no desvelarnos en razon de tener que madrugar.

#### Lovaina.

Á las cuatro de la mañana ya estábamos en la diligencia; á las ocho en Lieja; á las ocho y média en el camino de hierro, y á las diez y média en el hotel *de Suede* de LOVAINA. Este hotel decian que era el mejor de la ciudad: si era cierto, medianos debian ser los otros.

No he visto 26,000 habitantes que vivan con mas ensanche y mas holgura que los de LOVAINA: como que ellos ocupan hoy el mismo recinto, la misma extension de terreno que en el siglo XIV, cuando solo de operarios empleados en sus fábricas de paños, de telas y de encajes se contaban 120,000; cuando al salir

los obreros de los talleres habia que tocar la campana mayor para que avisadas las madres pudiesen recoger sus hijos de las calles, no fuera que pereciesen atropellados ó ahogados por aquel enjambre de tejedores. Esto prueba ser muy cierto lo que nos cuenta la historia, á saber, que LOVAINA en aquellos tiempos ocupaba el primer rango entre las ciudades manufactureras.

Hoy el mayor comercio que hace LOVAINA, á beneficio del soberbio canal que la pone en comunicacion con Malinas y con el Escalda, es de cerveza, de la cual despacha mas de 200,000 toneladas al año. La cerveza blanca de LOVAINA es de muy grato sabor y de muy suave beber, y nosotros nos aficionamos tanto á ella, que en todas partes la pedíamos con preferencia, y la anteponiamos á toda otra bebida.

Con razon muestra arrepentimiento y pesar el *Curioso Parlante*, cuando confiesa en sus *Recuerdos de Viaje*, « que por una imperdonable pereza se contentó con ver desde fuera á LOVAINA y con admirar la imponente masa de su célebre CASA COMUNAL, uno de los edificios góticos mas ricos de adorno que cuenta la Bélgica, y aun la Europa toda. » Bien debe, repito, arrepentirse el *Curioso Parlante* y cualquiera otro viajero que desaproveche la ocasion de ver la CASA COMUNAL ú HOTEL DE VILLE de Lovaina, porque bien puede asegurarse que pierde de ver el mas bello trozo de arquitectura gótica, el monumento que no rinde parias á otro alguno en elegancia, delicadeza, gusto y lujo de ornato. Y á la verdad no sé como hay quien resista á la tentacion que de llegarse á verle de cerca están dando sus seis ligeras y elevadas torres que se divisan en lontananza desde el camino de hierro. Por mi parte confieso que si no le hubiera hallado el defecto de ser la fachada un poco estrecha con respecto á la elevacion del edificio, no vacilaria en decir (y perdónese este atrevimiento á quien ni es facultativo ni tiene pretensiones de serlo) que el *Hotel de Ville* de LOVAINA es el monumento gótico mas bello y acabado de cuantos en parte alguna he visto, y acaso de los que pueden verse. Y este es el que principalmente tenia yo en mientes cuando dije hablando de la *Casa de Ayuntamiento* de BRUSÉLAS, « que en punto á *Hotels de Ville* aun habíamos de hallar en Bélgica otros que admiran mas. »

Teólogo y reverendo, no era posible que dejase yo de visitar la *Universidad Católica* de LOVAINA, así llamada por contraposicion á la *Universidad Libre* de BRUSÉLAS. No estaba léjos; detras del mismo *Hotel de Ville* en la calle de *Namur*.

El edificio es sólido y severo : el secretario me pareció ménos severo, y tambien ménos sólido. Nos enseñó las aulas, nos informó de las horas y libros de asignatura, y de otras semejantes menudencias. — Pues siendo esta, le dije, una de las horas de clase, segun nos acabáis de informar, ¿cómo es que ni dentro ni fuera de las aulas se ven estudiantes por aquí? — Porque hoy es juéves, me respondió, y es antigua costumbre que los juéves no haya clase. — ¿Con que tambien en las Universidades belgas hay la costumbre que en las Universidades españolas, de dar asueto y holgueta á los escolares los juéves? ¿Y me dirá Vd., señor secretario Lovaniense, la razon política, económica, literaria ó moral que haya para que los señores alumnos de Minerva tengan dos dias de fiesta á la semana? ¿Enseñan acaso las Biblias de esta Universidad, que cuando Dios crió el mundo descansara el sétimo dia para todos, y el sétimo y el cuarto para los estudiantes? — En España, me preguntó á su vez el hermano secretario, ¿se sabe la razon de esta costumbre?—Allí no.—Pues aquí tampoco. —Pues hermano, estamos iguales.

Los bancos en que se sientan los alumnos son de tal forma y están en tal disposicion colocados, que pueden muy bien los inocentitos estar recitando con mucha frescura la leccion por el libro abierto, sin que el maestro pueda verlo ni advertirlo. ¡Excelente cosa para un estudiante!

La Universidad ha seguido la misma marcha descendente que la poblacion. Cuando esta tenia mas de doscientas mil almas no es extraño que la Universidad contara los ocho mil escolares que le da Justo Lipsio : ahora que la poblacion es de veinte y seis mil, los estudiantes no pasan de cuatrocientos ; igual número que la de Lieja. El rector tiene el pomposo título de *Rector Magnífico* : no pudimos ver á ese *Magnífico Señor*.

Subimos á la Biblioteca, que está dividida por facultades en cuatro salones, uno de ellos ricamente adornado con columnas, bustos y retratos de los hombres insignes que ha producido la Universidad, especialmente de aquellos célebres teologazos que hicieron tan nombrada la Universidad Lovaniense. — Señor, me decia mi lego, mucho le entretienen á Vd. estos retratos.—¿Qué quieres, Pelegrin? Cada uno se alegra de ver su gente. ¡Cuántas veces me he devanado los sesos en las aulas del convento con los teólogos de Lovaina! ¡Oh! aquí está el famoso *Miguel Bayo*, el que envió la Universidad, de acuerdo con el rey de España, de diputado al Concilio de Trento ; el de las 76 famosas proposicio-

nes; el de la célebre *virgulilla* que trajo locos á los papas y á los doctores de aquella época ; el que enseñaba que el estado natural del hombre era el de la inocencia, y de consiguiente que por sus fuerzas naturales, y sin el auxilio de la gracia podia conseguir la gloria, y otras doctrinas semejantes.—Dígame Vd., señor, ¡y ese *Miguel Bayo* es santo?—¡Necio y lego que tú eres! ¿Cómo ha de ser santo quien sostenia proposiciones heréticas? ¿Cómo ha de ser santo un hereje?—Señor, ¡y el retrato de un hereje tienen aquí! ¡y el retrato de un hereje contempla Vd. tanto! ¡buena gente-cilla ha salido de esta Universidad! Señor, vámonos de aquí, no sea que nos contaminemos, que yo no quiero tratos con herejes ni en stampa. ¡Y esta es la Universidad que llaman *Católica*! ¡No está malo el vice versa por vida mia!

Y diciendo esto, tomó la puerta sin que nada bastara á detenerle. Seguíle pues, y dejando la famosa Universidad de Lovaina, nos hallámos á los pocos minutos en el hotel.

Al dia siguiente por la mañana estábamos de vuelta en BRUSÉLAS.

#### Apertura de las Cámaras belgas.

La consigna de *Verviers* se cumplió : los hermanos Anselmo é Isidro llegaron casi al mismo tiempo que nosotros, y juntos fuimos á ver la apertura.

Desde las 12 toda Brusélas andaba por las calles; y por las contiguas al Parque y Palacio Real apénas se podia ya romper. Aquel dia tuvo ocasion Tirabeque de vengarse de la privacion en que anteriormente habia estado de ver las damas bruselesas : aquel dia satisfizo á placer su curiosidad. Pero no quedó demasiado satisfecho de la revista de inspeccion que les fué pasando ; le agradó mucho su elegancia en vestir, pero no encontró las bellezas que él se habia imaginado. Efectivamente no son las brabantinas ni las walonas las mujeres hermosas de la Bélgica en lo general ; pero no hay que desesperar, como le decia yo á Pelegrin, que no están léjos las dos Flándes, y allá llegaremos si la caldera de vapor no reviente.

Cinco ó seis batallones de Guardia Nacional, cuatro batallones y otros tantos escuadrones de línea, con seis piezas de artillería, cubrian la carrera ; distinguiéndose entre todos el brillante y lucido de *Cazadores de montaña* con sus levitas verdes y sus lloro-